

COLECCION LITERARIA

DOY aquí la traducción de uno de los grandes poemas de la literatura de lengua inglesa: "La última vez que florecieron las lilas en el patio." Walt Whitman dedicó dos poemas a Lincoln, quien encarnaba, para el poeta, la esencia de la grandeza humana: "O Captain, my Captain!" y el que ahora presento en la presente traducción. Esta elegía, escrita en 1865, revela el alma desnuda del poeta frente a una tragedia nacional, la muerte del gran Presidente. En una serie de cuadros interiores y externos levanta Whitman la pirámide de su concepción artística, hasta llegar a una altura vertiginosa.

"La última vez que florecieron las lilas" ha sido llamado el mejor poema de Walt Whitman y de la literatura norteamericana. El poeta inglés Swinburne lo llamó: "el himno más sonoro de la iglesia del mundo, en todos los tiempos."

A. T. - R.

LA ÚLTIMA VEZ QUE FLORECIERON
LAS LILAS EN EL PATIO

1

La última vez que florecieron las lilas en el patio,
y la gran estrella descendía en el cielo de occidente por la noche,
yo sufrí, y volveré a sufrir con cada primavera.

Primavera que siempre retornas, me traes esta trinidad:
el perenne florecer de las lilas, la estrella que baja en occidente,
y el recuerdo de aquel a quien quise.

2

¡Oh, poderosa estrella caída en Occidente!
¡Oh, sombras de la noche! — ¡Oh, noche de lágrimas, sombría!
¡Oh, gran estrella oculta! — ¡Oh, la gran sombra que cubre la
estrella!
¡Oh, manos crueles que me mantienen prisionero! — ¡Oh, alma
mía abandonada!
¡Oh, poderosa y vasta nube que me aprisiona el alma!

3

En el patio de una casa de campo, cerca de la reja blanqueada
se alza la lila alta, con hojas lanceoladas de verde intenso,
con flores que se elevan delicadas, con la fuerte fragancia que
yo amo;

cada hoja un milagro — y de esta lila del patio,
con flores de delicado color y hojas lanceoladas de verde intenso,
corto una rama, con su flor.

4

En los pantanos en oculta espesura,
un pájaro oculto y tímido está cantando.

Solitario, el zorzal,
el ermitaño recogido en sí mismo, evitando poblados,
canta su propio canto.

Canto de garganta que sangra,
escape de la Muerte, canto de Vida (pues yo sé bien, querido
hermano,
que si no tuvieras el don del canto, morirías).

5

Sobre el pecho de la Primavera, en la tierra, por ciudades,
veredas, viejos bosques (donde hace poco las violetas se asomaban
desde el suelo, coloreando grises ruinas),
por la yerba que bordea senderos, por la yerba infinita,
por trigales de amarillas lanzas, cada grano salido de su mortaja
en los oscuros campos,
a lo largo de la blanca y rosada floración de los perales en los
huertos,
y llevando un cadáver a su lugar de descanso
noche y día viaja un ataúd.

6

Ataúd que pasa por senderos y calles,
día y noche, con la gran nube que oscurece la tierra,
con la pompa de banderas plegadas, con ciudades vestidas de luto,
con el espectáculo de los Estados de pie, como mujeres en duelo,

con ondulantes y largas procesiones y luminarias de la noche,
con infinitas teas encendidas, con el mar silencioso de rostros
y de cabezas descubiertas,
con la estación de espera, la procesión que llega, y los rostros
sombríos,
con salmos en la noche, con mil voces fuertes y solemnes,
con las tristes voces de los salmos alrededor del ataúd,
las iglesias a media luz y estremecidos órganos — entre los cuales
viajas,
con el perpetuo tañido de las campanas,
aquí, ataúd que pasas lentamente,
te ofrezco mi rama de lilas.

7

(No sólo para ti, para uno solo;
traigo floraciones y verdes ramas para todos los ataúdes,
pues fresco como la mañana yo cantaré un canto para ti
¡oh, muerte cuerda y sagrada!

Ramos de rosas por todas partes,
¡oh, muerte!, te cubro entera con rosas y tempranas lilas,
en especial las lilas que primero florecen,
rompo copiosamente, rompo las ramas del arbusto,
y llego a ti con los brazos cargados, y os cubro,
a ti y a todos tus ataúdes, muerte.)

8

Oh, estrella de occidente que navegas el cielo,
ahora sé lo que querías decir cuando hace un mes yo andaba,
cuando andaba en silencio por la noche, trasparente y oscura,
al ver que tenías algo que comunicarme, cuando te inclinabas
hacia mí, noche tras noche,
cuando bajabas desde el cielo hasta mi lado (mientras las otras
estrellas nos miraban),
cuando vagamos juntos en la noche solemne (porque algo
indefinible me mantuvo despierto),

mientras avanzaba la noche, y yo te veía en el cerco de occidente
 tan llena de dolor,
 mientras yo estaba en la tierra, en la brisa,
 en la fresca noche trasparente,
 cuando observaba tu descenso en la masa negra de la noche,
 mientras mi alma se hundía en su tortura
 mientras tú, triste estrella, te hundías definitivamente en la noche.

9

Sigue cantando en los pantanos,
 oh, tierno y tímido cantor, oigo tus notas, oigo tu llamado,
 oigo, voy llegando, te comprendo,
 mas, me demoro un instante, pues me retiene la estrella luminosa,
 la estrella, compañera que parte, me retiene un instante.

10

¡Oh! ¿cómo cantaré yo para el muerto a quien quise?
 ¿cómo adornaré mi canto para esa alma dulce y grande, ya ida?
 ¿qué perfumes llevaré hasta la tumba de ese ser amado?
 vientos marinos del Este y del Oeste,
 que vienen del mar del Este y del mar del Oeste,
 hasta juntarse en las praderas,
 con ellos y el aliento de mis canciones
 perfumaré la tumba de ese ser tan querido.

11

¡Oh! ¿qué colgaré en las paredes de la cámara?
 ¿cuáles serán los cuadros que pondré en las paredes
 para adornar la tumba de ese ser que yo quiero?

Cuadros de primavera renaciente y de campos y hogares,
 con la tarde del cuarto mes, en la hora del crepúsculo
 y el humo gris, diáfano y brillante,
 con diluvios de oro del sol poniente, indolente y suntuoso,
 quemando y dilatando el aire,

con la yerba fresca y suave bajo los pies, y las hojas de verde pálido
de los árboles prolíficos,
a la distancia la corriente brillante, el pecho del río, a intervalos
trizado por el viento,
con colinas a lo largo de sus riberas, con proyecciones y sombras
contra el cielo,
y la ciudad cercana, con apiñadas casas, con racimos de chimeneas,
y todas las escenas de vida y los talleres, y los trabajadores
que vuelven al hogar.

12

Mirad, cuerpo y alma — esta tierra,
mi propia Nueva York con sus torres, y las mareas chispeantes,
y los barcos,
la tierra amplia y variada, el Sur y el Norte en la luz, costas de
Ohio, llameante Missouri,
y siempre las praderas extensas cubiertas de yerba y de maíz.

Mirad, el excelente sol tan tranquilo y soberbio,
la mañana de púrpura y violeta con delicadas brisas,
y la infinita luz de suave origen,
y el milagro que avanza inundándolo todo, el medio día pleno,
la deliciosa tarde, la dulce noche y las estrellas,
iluminando mis ciudades, envolviendo hombre y tierra.

13

Sigue cantando, sigue cantando, tú, oscuro pájaro,
canta desde el pantano, y la espesura, desgrana tu trino
desde los arbustos,
tu infinito canto nacido del crepúsculo, de los cedros y pinos.

Sigue cantando, dulce hermano, tu bucólico canto,
tu alto canto humano, con indecible angustia.

¡Oh, líquido y libre y tierno!
¡oh, maravilloso cantor, frenesí para mi alma,

sólo a ti te escucho — sin embargo, me detiene la estrella
(que ha de partir pronto),
sin embargo, me detiene la avasalladora fragancia de las lilas!

14

Ahora sentado y observando, en el día,
al caer el día, con su luz, y los campos primaverales,
y los campesinos preparando cosechas,
en el dilatado escenario de mi tierra, con sus lagos y bosques,
en la celestial e inefable belleza (después de los vientos y de
las tempestades)
bajo la bóveda del cielo de la tarde que huye, y voces de niños
y mujeres,
y las mareas de movimiento múltiple, y veía los barcos que partían,
y el verano fructífero que llegaba y los campos y las faenas
campesinas,
y las innumerables casas separadas, llenas de vida, cada una con
sus comidas y minucia de cotidianos trabajos,
y las calles latiendo y palpitando, y las ciudades limitadas — He
ahí que
cayendo sobre ellas y entre ellas, cubriéndome a mí con todas ellas,
apareció la nube, apareció la larga y negra nube,
y conocí a la muerte, su recuerdo, el pensamiento sagrado de
la muerte.

Entonces con el conocimiento de la muerte como si marchara a
mi lado,
y el pensamiento de la muerte como si fuera a mi otro lado,
y yo en medio de ambos, como dos camaradas, como guiado
por las manos de esos dos camaradas,
huí a la noche que esconde y que recibe, a la noche que no habla,
hacia las riberas del agua, el sendero, el pantano, en la noche,
hacia los cedros solemnes, hacia los pinos espectrales.

Y el cantor, tan tímido para los demás, me recibió,
ese pájaro oscuro nos recibió a los tres camaradas,
y cantó su canto funeral para el ser a quien amo.

Desde recónditos retiros,
desde los cedros fragantes y los tranquilos pinos espectrales,
nos llegó el canto del pájaro.

¡Y me extasió el canto,
mientras estrechaba las manos de mis dos camaradas en la noche,
y la voz de mi espíritu imitaba el canto del pájaro!

*Ven muerte hermosa y dulce,
ondula alrededor del mundo, serenamente acercándote,
de día, por la noche, a todos, a cada uno,
más tarde o más temprano, muerte delicada.*

*Gloria al universo sin fondo,
por la alegría y por la vida, por las cosas, por los conocimientos,
por el amor, por el dulce amor — pero ¡gloria! ¡gloria!
por el abrazo seguro y fresco de la muerte.*

*Madre morena, que con tus suaves pies siempre te acercas,
¿nadie ha entonado para ti el canto de la gran bienvenida?
Ahora yo lo canto. ¡Gloria a ti sobre todo!
Te ofrezco un canto para que cuando vengas, llegues infaliblemente.*

*Aproxímate, oh gran libertadora,
yo canto con alegría cuando te llevas a los muertos,
perdido en el océano amoroso de tu esencia,
sumergido en la corriente de tu deleite, oh muerte.*

*Yo te dedico alegres serenatas,
al saludarte te ofrezco bailes, homenajes y fiestas,
y las bellezas del paisaje y el alto cielo dilatado,
y la vida y los campos y la enorme noche pensativa.*

*La noche silenciosa bajo miles de estrellas,
las costas del mar y la recia ola susurrante cuya voz yo conozco,
y el alma que se vuelve hacia ti, oh muerte vasta y encubierta,
y el cuerpo agradecido que se acurruca junto a ti.*

*Sobre las copas de los árboles te desgrano mi canto,
sobre las olas que se elevan y se hunden, campos innumerables
y praderas abiertas,
sobre las ciudades densamente habitadas, sobre muelles y caminos
repletos,
te desgrano este canto, alegremente, oh muerte.*

15

Al ritmo de mi alma,
alto y fuerte cantaba ese pájaro oscuro
y sus notas deliberadas y puras llenaban la noche,
alto en los pinos y cedros en sombra,
claro en la fresca humedad y la fragancia del pantano,
y yo ahí en la noche con mis dos camaradas.

Mientras mi vista, limitada en mis ojos, se abría
como a un largo panorama de visiones.

Y vi los ejércitos al sesgo,
vi, como en un mundo de sueños, centenares de estandartes,
llevados a través del humo de las batallas,
ondulando entre el humo, rotos, y ensangrentados,
y por fin — en mi silencio absoluto — hilachas en las astas,
y las astas hendidas, destrozadas.

Vi miles de cadáveres,
vi esqueletos de jóvenes soldados,
vi la ruina y los cuerpos de los soldados muertos,
pero no eran los muertos que se imaginan todos,
puesto que no sufrían, sino que reposaban;
sólo los vivos sufren; sólo las madres sufren,
las esposas, los hijos, los compañeros sufren,
los que quedan, los vivos, éstos son los que sufren.

16

Pasando estas visiones, a través de la noche,
desatando el nudo de las manos de mis camaradas,
dejando atrás al pájaro ermitaño y su canto que explicaba mi alma,
su canto victorioso, canto que es escape de muerte, y siempre
diferente,
bajo y triste, pero de notas claras, subiendo y descendiendo
e inundando la noche,
desmayándose, hundiéndose — como aviso y consejo — y otra vez
rompiendo alegremente,
para cubrir la tierra y llegar hasta el cielo,
como ese salmo fuerte que oí en la noche en la espesura,
pasando, te dejo, lila de hojas lanceoladas,
te dejo ahí en el patio, floreciendo, reviviendo en la nueva
primavera.

Pongo fin a mi canto,
te dejo de mirar frente al Oeste, dejo de conversar contigo,
brillante camarada del semblante de plata,
sin embargo, no olvidaremos nada, dádivas de la noche,
el canto, el maravilloso canto de ese pájaro oscuro,
y el acordado canto repetido en mi alma,
con la brillante estrella con semblante de angustia,
con mis dos camaradas apretando mi mano y acercándonos
al llamado del pájaro,
¡mis compañeros! ¡yo en medio de ellos! y su memoria siempre viva,
en recuerdo de aquel ser tan querido,
de aquella alma noble y sublime, y por su dulce nombre:
lila y estrella y pájaro unidos con el canto de mi alma
en los pinos fragantes y en los cedros en sombra.

WALT WHITMAN

